

LISÓN TOLOSANA, C., *Las brujas en la historia de España*, Madrid, Temas de Hoy, 374 pp.

A lo largo de 19 capítulos cuenta Lisón «una historia de brujas, de brujas hispanas, buenas y malas, ficticias y verdaderas, reales unas e imaginadas otras, pero todas portadoras de significado, fascinantes siempre, incluso en su inexistencia» (p. 9). En su repaso del fenómeno se centra en algunos modelos arquetípicos, como la bruja vasco navarra de Zugarramurdi y las estribaciones pirenaicas, esbozando también un marco antropológico-filosófico que explique la complejidad y polivalencia del fenómeno de las brujas, que no ha desaparecido tampoco de nuestros días y nuestra sociedad tecnológica contemporánea. Tal vigencia tiene relación, sin duda como insiste Lisón en diversos lugares de su estudio, con la dimensión mítica de la bruja, en tanto expresión de pulsiones humanas universales, y en tanto respuesta a diversas facetas que componen el gran problema del Mal, que atrae y repele, fascina y aterroriza, desorienta y abruma al hombre.

Esta compleja dimensión explica también las divergencias de perspectiva y las actitudes encontradas que se perciben, por ejemplo, de manera espléndida, en los textos con los que abre su libro el investigador, de inquisidores crédulos y escépticos, de perseguidores de brujas convencidos de su existencia real, o de pesquisidores más racionales que ven en toda la cuestión un fenómeno de fantasía morbosa, ilusión patológica o resultado de las torturas y acoso de los procesos: «La bruja se convirtió durante los Siglos de Oro en el símbolo emblemático tanto de la fantasía desbordada, de la alucinación y del engaño, como de la objetividad y de la racionalidad» (p. 21).

Lisón va examinando en este marco el desarrollo del fenómeno brujeril en España y la respuesta que provoca en las autoridades, intelectuales y religiosas, especialmente en el Consejo

Supremo de la Inquisición. Destaca entre otras conclusiones el origen francés de la bruja satánica, desconocida en España hasta que empieza a ser irradiada desde los Pirineos, a través de los contactos históricos, políticos y culturales de la Corona de Aragón. Este desarrollo se conecta con la preocupación por la figura del demonio, y la excitada sensibilidad que se produce en torno a los movimientos heréticos de valdenses y cátaros. En la expansión de estos temores y reacciones, se va acentuando una nueva percepción del problema y se cambia de la actitud racionalista del *Canon episcopi*, vigente hasta más o menos el S. XV, a la progresiva radicalización marcada en bulas y disposiciones papales, como la bula *Sumi desiderantes* de Inocencio VIII, promulgada en 1484, donde se configura ya una visión satánica de la bruja y se toman disposiciones para la lucha contra ella.

En general destaca Lisón con justicia la moderación de la actitud española, frente a la europea común, mucho más crédula y violenta, y frente a la más radical de las autoridades civiles o las inquisiciones locales. En España la mayoría de los intelectuales de valía, así como de los inquisidores del Consejo Supremo de la Inquisición, toman posturas de sentido común y marcado escepticismo, exigiendo investigaciones meticulosas y positivas, negándose a tomar en consideración las alucinaciones colectivas provocadas a menudo por el mismo rigor indiscriminado de los inquisidores locales. Sistemáticamente, la Suprema rebaja penas, exige controles, revisa casos... Muy interesante es el comportamiento del inquisidor Alonso de Salazar y Frías, que investiga personalmente los sucesos de Zugarramurdi y otras poblaciones vasconavarra inmersas en la epidemia brujeril, y concluye con la inexistencia de datos positivos que permitan aceptar como real el fenómeno. La influencia de Salazar y la general actitud de la

Inquisición española cierran tempranamente (en comparación con el resto de Europa) estos episodios dentro de España.

Buena parte de estas páginas se centra en la descripción del modelo de la bruja satánica, sus rasgos, actividades atribuidas, creencias en su torno, etc., bien conocidas en general, y expuestas con amenidad y aceptable precisión, poniendo de relieve la dualidad de la figura, inexistente como tal realidad empírica (en las condiciones y circunstancias que pasan a las declaraciones de los procesos inquisitoriales), pero indiscutible presencia como mito operativo, discurso «poético» que expresa una serie de frustraciones, relaciones conflictivas en la comunidad, o búsquedas de explicación y satisfacción de necesidades profundas. Solo flojean levemente los capítulos 13 («Satán») y 14 («La bruja literaria»), quizá por la misma inabarcable dimensión y sobre todo variedad de los puntos tratados, que impiden una síntesis suficiente en estas páginas. De todos modos se echa en falta el manejo de algún trabajo básico (el libro de Cilveti sobre el demonio en Calderón, por ejemplo) y se percibe como excesiva alguna afirmación o atribución literaria errónea (como la de *El exorcista calabrés*, obra inexistente de Quevedo, probablemente alusión al discurso de *El alguacil endemoniado*; o la atribución al mismo Quevedo de un *Entremés de la endemoniada fingida*...).

De la bruja literaria pasa a la pictórica en «La bruja goyesca» (capítulo 15), para terminar con la contraposición de la bruja urbana y la rural (estudiada esta sobre todo en el ámbito de Galicia), en los siguientes capítulos, interesantes aproximaciones con referencias actuales al auge de la brujería en nuestras sociedades modernas, donde pululan asombrosamente astrólogos judiciales, ritos satánicos, consultorios de tarot, y todo tipo de modalidades brujeriles y satánicas: «A la pregunta final de por qué sigue vigente, por que recurre metamorfoseada en múltiples

caras provocativas, la respuesta es, y resumo y reitero lo expuesto, porque condensa y expresa a otro nivel nuestras experiencias primarias de existencia (nacimiento, enfermedad y muerte), porque objetiva procesos elementales de pensamiento, porque reproduce maneras básicas de nuestra difícil convivencia ... Más sintéticamente, porque duplica, a nivel metafórico e inteligible, nuestra radical ambigüedad humana que en eterno retorno zigzaguea entre el santo y la bruja, entre el ángel y el demonio» (p. 367).

Interesante presentación, en suma, de un personaje que fascina por su propia capacidad expresiva de un otro mundo de pulsiones humanas que muy bien subraya Lisón en su trazado de las brujas españolas, y en su contextualización europea.

Ignacio Arellano

PEÑA SÁNCHEZ, Victoriano, *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del «Ventennio Fascista» y su repercusión en España*, Preliminar de Andrés Soria Ortega, Granada, Adhara, 1993, 484 pp.

*Intelectuales y fascismo* es un libro que ha aparecido en un momento oportuno. En toda Europa la revisión de la «cultura fascista» se está haciendo. En Francia se estudian y editan normalmente las obras de Pierre Drieu la Rochelle o de Louis Ferdinand Celine, y la producción de autores como Ezra Pound ha ocupado el lugar que merece en la historia literaria. En este sentido, la investigación en España va también reivindicando una normalización, si bien, por razones históricas concretas, con más lentitud. La conciencia de que es posible hacer buena literatura independientemente de las ideas políticas es una evidencia ante obras como *Voyage au bout de la nuit* (Celine), *The Cantos* (Pound) o *Madrid, de corte a cheka* (Foxá).